

La amante del cosechador

Daniel M. Olivera

12. *¡Salid, oh niños, de debajo de
las estrellas y henchíos de amor!*
ALEISTER CROWLEY. LIBER AL VEL LEGIS

SIEMPRE HE PENSADO QUE VIC ES RARO Y, AUN ASÍ, ME GUSTA TAL COMO es. Bueno, no puedo decir que sea una persona rara realmente; sólo sé que es muy diferente a los demás que viven en mi edificio. Vic no bebe cerveza; tampoco canta a viva voz en el estacionamiento despertando a todos en la madrugada. Vic tampoco escucha música a todo volumen para que llegue a oídos de todo el redondo mundo. Vic no ve el fútbol, no duerme por las noches, no dice groserías, nunca se peina. Vic fuma a veces, pero eso se le puede perdonar a cualquiera.

Nadie le hablaba a Vic. Sólo le dirigían la palabra cuando querían que les ayudara en algo. Mi abuela era la única persona que entraba a su departamento. A veces me llevaba a su casa cuando le hacía una visita. Ella decía que necesitaba pedirle algo muy, pero muy importante, pero nunca me dijo de qué se trataba. La casa de Vic siempre tenía las cortinas cerradas, pero olía a limpia y fresca. Únicamente se iluminaba por un débil lazo de luz de sol que nacía del piso y salía por la ventana. Él agitaba las miles de estrellitas de polvo con su mano, hasta que mi abuela las eliminaba al abrir la ventana por completo. Vic no dejaba que la luz entrara a su casa a menos que fuera absolutamente necesario. Creo que su casa contenía muchas cosas extrañas: modelos del universo hechos de bronce, armas que ya nadie usaba, frascos llenos de cosas raras y muertas, feos dibujos raros marcados en oro y muchos, muchísimos libros amontonados por todos lados. Cada vez que íbamos, él nos servía agua de frutas de verdad en unos vasos opacos. Desde entonces me gustan más las fresas naturales que las que existen en los sobres de polvo para hacer agua.

Me parecía que mi abuela intentaba quedar bien con él por alguna razón; otras veces se le olvidaba el trato especial y comenzaba a hablarle como si fuera cualquiera de los que vivían en la unidad habitacional. La edad ya no le ayudaba mucho a mi abuela. Entonces comenzaba a hablarle de Dios y a intentar "llevar al joven Víctor a una vida recta y de bien". Estas conversaciones me aburrían muchísimo y siempre terminaba admirando la casa como si fuera un pequeño y extraño zoológico. Creo que a Vic no le interesaba lo que Dios pudiera hacer por él. Creo también que a Dios tampoco le interesaban mucho los asuntos de Vic, ni los de ninguna otra persona. No entiendo cómo es que no se aburría mientras mi abuela no paraba de hablar. Él se portaba siempre muy bien con todo el mundo.

Uno de esos días, mi abuelita le preguntó a Vic por qué no se había conseguido una buena muchacha para hacerla su novia. Él se sonrojó como un jitomate y ocultó su rostro como una tortuga dentro de su bufanda. Yo me comencé a reír poquito sin querer. Esa fue la última vez que la abuela me llevó con ella a visitarlo.

Entre mis libros de cuentos encontré dibujos con personajes que se parecían a él. Personajes largos, largos, y siempre elegantes como si fuera algún día de fiesta. Uno de los dibujos tenía la misma bufanda de Vic: un dulce de menta enredado en el cuello. Yo podía dibujar algo así. Me gustaba imaginar que él se había equivocado y había nacido en una época que no era la suya. Me recordaba un poco a los ancianos del edificio de junto que se reunían a jugar ajedrez y siempre se quejaban de que las cosas "ya no son las de antes". Algún día conseguiré una de esas cosas de antes para ver si en verdad eran tan buenas.

Un día, en la puerta del edificio, estábamos jugando Natalia, yo, mi muñeco Lolo y Marina, cuando lo vi salir. Corrí hacia mi caja de juguetes y saqué mi cuaderno de dibujos.

—¿Ves? éste eres tú— le dije enseñándole su retrato. Entonces su boca, que es apenas una delgada línea, se encorvó en una ligera sonrisa y me dio unas palmaditas en la cabeza. Natalia me dijo que a ella sólo le palmean la cabeza cuando se porta bien. Todo ese día estuve pensando "Vic piensa que me porto muy bien". Desde entonces, Vic me gusta mucho. Él es mi novio pero aún no se lo digo. -

Mi papá molestaba a Vic sin darse cuenta. Ponía a todo volumen la música que compraba en el tianguis. Cada vez que pasaba esto, Vic se salía del edificio con un gran libro bajo el brazo. Se sentaba, en silencio, a leer en los columpios. Vic es un niño todavía. Uno de esos niños torpes que no hablan con nadie y les asusta estar solos. A veces quiero ir a ver qué está haciendo, pero siempre me gritan "¡Laura, métete y cierra la puerta, con un carajo!".

Mi papá y los señores tomaban cerveza y veían el fútbol. Yo me aburría esos días. Vic se tiraba en el pasto para ver el cielo. Los amigos de mi papá decían que él es malo, pero ni siquiera intentaban verlo por la ventana, como yo. Creían que Vic hacía cosas malas y que no debía aceptar ni comer nada que él me ofreciera. Yo sabía bien de qué cosas me hablaban. También sé que todo lo malo lo vende un señor cerca del muro del edificio G. Vic no se acercaba a ese lugar. No se acercaba al vendedor del edificio G; tampoco se acercaba a nadie de este lugar. Él les tenía miedo a todos, y todos también a él.

Vic parece ser otra persona por las noches. A veces lo veo salir desde la resbaladilla hacia el estacionamiento, como si fuera una sombra. No me podía explicar cómo es que llegaba hasta allí si no usaba la puerta del edificio. Me gustaba imaginar que existían puertas secretas y laberintos por toda la unidad habitacional, que nadie conocía.

Vic se movía de manera extraña; se deslizaba. Me recordaba a la perrita de Natalia cuando intentaba perseguir moscas. Muchas veces él iba hacia el edificio de enfrente. Seguramente debía

de estar preocupado por los viejos, que se habían enfermado y ya casi no jugaban ajedrez. Él se quedaba cerca del lugar donde ellos vivían, sólo observándolos.

Una vez, él supo que yo lo observaba desde la ventana. Volteó hacia mí y se quedó largo rato completamente quieto. Sus ojos abiertos parecían totalmente blancos. Brillaban, como los de un gato. Yo me sentí rara en ese momento, con una sensación cálida y vacía en el estómago. Les dije a Natalia y a Marina que intentaran verlo una noche. Ninguna de las dos lo pudo ver y se quedaron dormidas rápidamente. No pienso que sea extraño que Vic salga de noche; mi papá siempre lo hacía y no volvía hasta que el sol ya había salido. Lo extraño fue la sensación que me quedó al ver sus ojos vacíos en la mitad del patio de juegos.

Soñé mucho con Vic en esos días. Nos encontrábamos afuera, junto a la resbaladilla. No decíamos ni una sola palabra; tan solo nos quedábamos sentados en una banca de piedra largo tiempo. Él siempre jugaba con un collar que brillaba a la luz de la luna.

Una noche escuché ruidos en la sala de mi casa. Pensé que iba a encontrar a mamá sola como otras veces, llorando en la oscuridad. Incluso llegué a pensar que, de alguna manera, Vic se encontraba en el interior de mi casa. Pero no, allí había mucha gente, mucha. Estaba mi familia, el señor de abajo que se roba lo que puede, la señora de arriba que usa vestidos de niña aun cuando está muy gorda como para usarlos, la viejita del otro edificio que colecciona gatos de plástico, el policía de la entrada que escupe, el muchacho que huele raro y vende cosas malas en el edificio G. Todos, todo el mundo estaba en mi casa. Me acordé de la vez que mi tía Nadia se había muerto. En ese velorio se juntó mucha gente a hablar bajito y a tomar un café muy amargo.

Al escuchar me di cuenta de que hablaban de Vic. Decían que era una persona mala y rara. Que, seguramente, ocultaba en su casa muchas cosas feas. Ya no lo querían en el edificio,

pero no sabían cómo hacer que se fuera de allí: Vic siempre pagaba a tiempo la renta de su casa. Iba a protestar en ese momento pero mi mamá me agarró fuerte de un brazo.

—Son pláticas de adultos, vete a dormir— me dijo entre dientes, y me mandó corriendo a mi cama.

Ese día volví a ver a Vic en mis sueños. Intenté advertirle sobre lo que había escuchado; sin embargo, me di cuenta de que en mis sueños yo no tenía ni boca ni labios. Él se quedaba quietecito sin darse cuenta de que yo saltaba y lo agitaba para llamar su atención. El collar resbalaba de sus dedos y por accidente se rompía en el piso. Él sólo se quedaba viéndolo tirado en el pasto, sin recogerlo.

Abrí los ojos cuando el día aún estaba gris. Nadie se iba a fijar que me salía de mi cuarto porque siempre lo hacía para ver las caricaturas del domingo en la mañana. Me vestí y agarré a mi muñeco Lolo para que no se fuera a sentir solo en mi cuarto. Salí de mi casa y fui a tocarle la puerta a Vic muy quedito porque me daba miedo que alguien más me fuera a escuchar. Abrió muy rápido; parece que nunca duerme. Adentro me sirvió panecitos de naranja y una taza de chocolate, además de una chiquita para Lolo sin que yo se la pidiera. Le conté que querían echarlo del edificio, aunque se me trabó la lengua varias veces. Él me escuchó sin decir "icállate Laura!" como lo hacen todos; Vic sabe escuchar, por eso me gusta tanto. Cuando terminé, él sonrió. Se reclinó en su silla, hundiendo su rostro más y más dentro de su bufanda. Pensé que se había quedado dormido. En un momento, se levantó y me llevó a la puerta. Allí tocó mi frente de forma extraña con su pulgar, me dio unas palmaditas en la cabeza y cerró con cuidado. Cuando salí me sentí muy cansada y, al llegar a mi casa, me sorprendí al sentirme mareada. Recordé las veces en que Natalia me daba vueltas rápido en el volantín; me dieron ganas de vomitar. Nunca me ha gustado vomitar así que me aguanté recostándome en mi cama.

Desperté nuevamente cuando el sol ya había avanzado. Mi papá y mi mamá entraban a la casa en ese instante. Al ir a verlos, tenían la misma cara que hacían cuando abren los sobres que envía el banco. Hablaron largo rato hasta que se acordaron de que yo no había desayunado. No importaba mucho, ya que tenía en la panza el chocolate y el pan de la mañana.

Poco a poco las personas que se habían reunido por la noche en mi casa iban tocando a la puerta y hablaban del departamento vacío de Vic. Nadie entendía qué había pasado. Al parecer se había marchado sin dejar rastros. Nadie había visto la mudanza. Como yo no podía creerlo fui a ver, cuidando que nadie me viera al salir.

Su casa no era más que un inmenso cuarto blanco. Corrí por el lugar disfrutando del eco que producían mis tenis. Al tenderme en el piso entendí que Vic se había marchado y no lo vería más. Tuve ganas de llorar.

Me di la vuelta y mi cara se enfrió al estar pegada al piso. Algo brillaba en una esquina; gateé hasta ese lugar. Era el collar con el que Vic jugaba en mis sueños. Aún tenía la cadena rota. Adentro tenía un dibujo muy bonito: Vic se veía elegante con una cosa grande y blanca que le cubría todo el cuello. Tenía un bigote y una barba delgados y bien cortados; ¡se veía tan raro con pelo en la cara! Tras él, en las sombras, algo se asomaba.

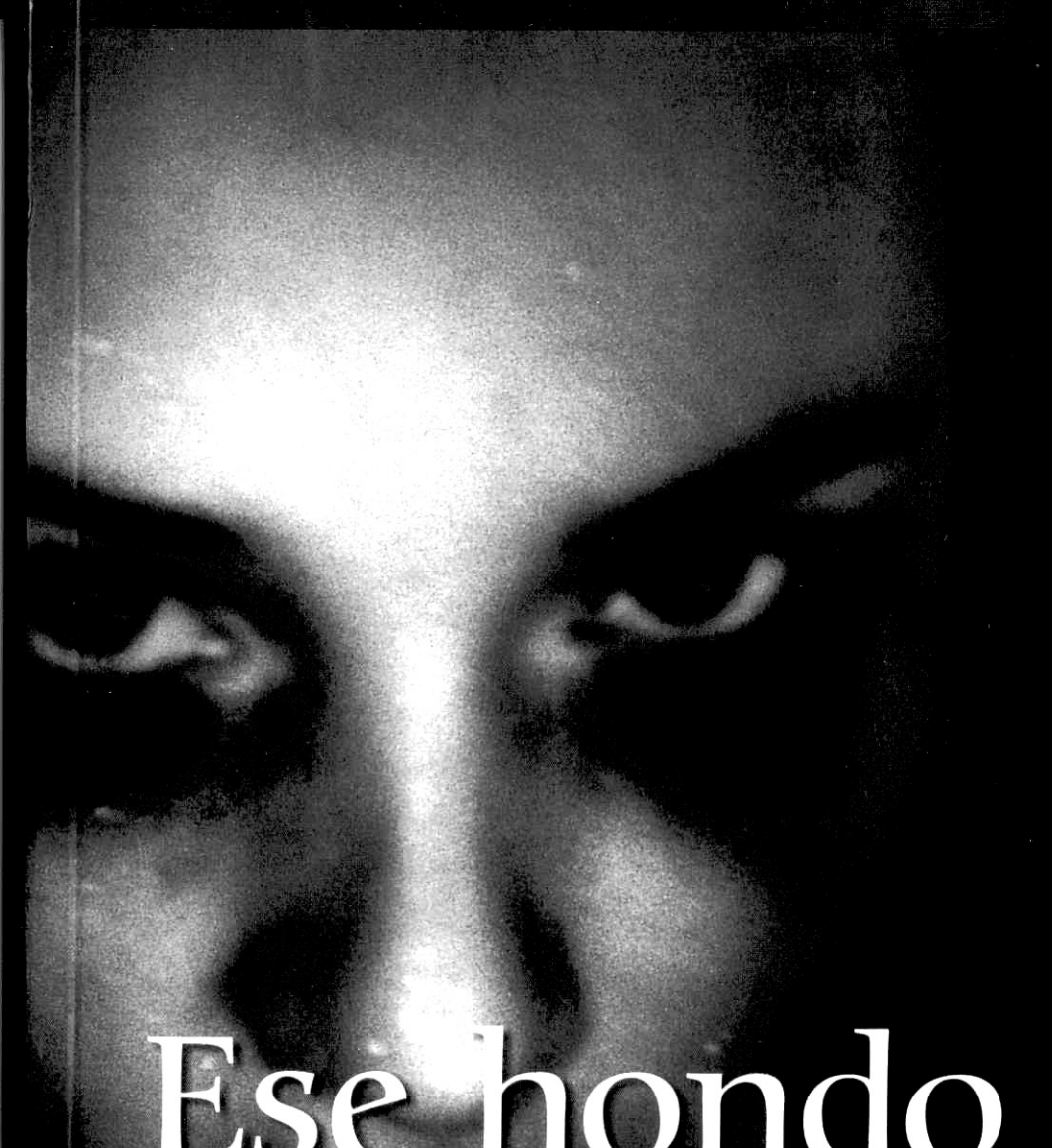
Guardé el collar en mi bolsita del pecho con mucho cariño y me fui corriendo de allí antes de que alguien me viera.

El asunto del departamento de Vic se olvidó rápido. Los viejos del ajedrez murieron ese mismo día. Quienes vivían en la unidad habitacional se vistieron de negro y se juntaron para beber y comer gratis.

Por las noches, saco el collar del cajón de calcetines y salgo en secreto de mi casa. Siempre me quedo cerca de la resbaladilla. Aún no sé si es un sueño, pero Vic llega allí conmigo. Ahora tengo labios y espero besarlo de un momento a otro. Él habla

conmigo y me cuenta secretos que no debo decir a nadie. A veces lo acompaño a los otros edificios a espiar por las ventanas. Siempre que llegamos, la gente comienza a sentir mucho sueño y se marcha a dormir. Vic siempre parece satisfecho por eso y sonríe. Varias veces hemos ido a ver a mi abuela; ella se ha enfermado gravemente. Le he dibujado una tarjeta con los crayones para despedirme.

Hasta ahora, yo soy la única persona que sabe dónde está Vic. Me ha dicho al oído que algún día seré la única persona que sabrá lo que hace él espiando por las ventanas en las noches. Incluso me dice que algún día yo ocuparé su lugar. Me gusta y me siento rara cada vez que escucho su voz en mi oído. Al-
gún día me iré con él; entonces, por fin podré decirle que él es mi novio. Sé que Vic le puede parecer raro a la gente, pero a mí me gusta tal como es.



Ese hondo suspiro de las sombras

Los relatos que conforman este libro fueron seleccionados como finalistas del Premio Nacional de Cuento "Criaturas de la Noche" 2007, dedicado al género de horror y convocado por el Instituto Coahuilense de Cultura. El jurado estuvo integrado por Vivian Abenshushan, Enrique Romo y José Luis Zárate. El cuento premiado, que inaugura esta antología, es "Ese hondo suspiro de las sombras", de Edgar London. El cuento "La amante del cosechador", de Daniel M. Olivera, fue seleccionado como mención especial, mientras que los nueve cuentos restantes recibieron menciones honoríficas.

Ese hondo suspiro de las sombras

Selección del Premio Nacional de Cuento
"Criaturas de la Noche" 2007

Vient
armado

Prólogo de
Miguel Gaona

Vient
armado

Ese hondo suspiro de las sombras

El título de este libro, *Ese hondo suspiro de las sombras*, es el mismo del texto con que Edgar London obtuvo el Premio Nacional de Cuento Criaturas de la noche, que –por segunda ocasión consecutiva– reunió a una multitud de autores para celebrar el horror, la fantasía y a los seres nocturnos.

Las obras que aquí se agrupan, seleccionadas por el jurado para conformar este volumen, entran todas en dominios de la literatura fantástica, sin dejar por esta causa de manifestar su intensa relación con el devenir del mundo actual. Con este libro en sus manos, el lector tendrá ocasión de conocer a once autores contemporáneos, once historias terroríficas y un número impensable de insólitas criaturas de la noche.

084583
\$ 100.00



Coahuila
El Gobierno de la Gente
Secretaría de Educación y Cultura



icocult
Instituto Coahuilense
de Cultura